que el día anterior, bajos los ojos, balanceándose y haciendo un rollo del delantal.

Sotero, más irritado que la vez primera, se largó de la casa de Juliana, sin saludarla.

Al remontar la calle no se le apartaba de la imaginación la mueca infernal de la máscara: pensaba que se reía de él con su risa dolorosa y burlona.....

XI

NO tuvo lugar el paseo campestre sino tres días después del señalado primeramente. Circunstancias inevitables así lo exigieron.

A las cuatro de la tarde comenzaron á llegar los convidados á casa de Angela.

Antes de aparecerse allí Tomás y Sotero, fueron por Teresa y Rosaura para traerlas.

Cuando desembocaron en la plazuela del Zacate, de la cantina que se hallaba á mano derecha, salieron, al

mismo tiempo que ellos pasaban, tres individuos del pueblo, enteramente embriagados. Uno de ellos, el que se arrastraba en medio, sostenido de los brazos de sus compañeros, con la boca espumosa y abierta y el rostro congestionado y torvo, les echó la vista encima; intentó detenerse, hizo ademán de safarse de las manos de sus amigos para abalanzarse al grupo, pero sus colegas lo retuvieron, llevándosele á rastras por la calle adelante. Al llegar al arroyo hizo un esfuerzo supremo y logró detenerlos por algunos instantes. Volteóse tambaleante en derechura á los estudiantes, que en esos momentos comenzaban á subir la calle Villavicencio, carraspeó con la aspereza insultativa del borracho, arrojó un salivazo en la línea en que iban, queriendo mancharlos con su baba inmunda, y monosilabeó con trabajo:

CAPILLA ALFONSINA

«Ca...nallas de co....legiales.»—Era Pablo Gómez quien así deletreaba con su lengua infamante.—Tiraron de él sus amigos, increpándolo Pancho, el novio de Teresa, por su cobarde injuria, y volvieron á meterse en la cantina. Ninguno de los apostrofados, ni aun Rosaura misma, con tener el oído atento y el sobresalto en el corazón, oyeron nada.

Apenas conversaban. Rosaura no estaba alegre como otras veces, debido tal vez á la enfermedad de su padre, que seguía mal. Sotero, resentido por la frustrada cita, sólo dirigía la palabra á Teresa. Tomás, como de costumbre, callaba.

Atravesaron diagonalmente la plaza principal del pueblo, escueta, de tanto en tanto salpicada de arbustos sin desarrollo y mezquino follaje; con su fuente seca en el centro y algunos pretiles despostillados en los

cuatro lados, á guisa de asientos, alternando con faroles sucios colocados en postes de tepehuaje; siguieron calle arriba penosamente, contenido el aliento por la fatiga, y torcieron á la izquierda por un callejón tortuoso que desembocaba enfrente de la casa de Angela. Ya estaban allí los convidados esperando únicamente á los recién llegados.

Daban la media para las cinco con la campana mayor. Apresuradamente salieron todos á la calle formando en dos hileras para dirigirse á la Quinta. Al llegar á la del Camposanto, por lo abrupto del piso, desfilaron á lo largo del muro de las casas, á trechos separadas por tecorrales, á trechos por trancas de golpe; alegres, charladores, bulliciosos, corriendo á veces los donceles y traveseando las mozas Al cuarto de hora toparon de manos á boca con la barranca que limita ambas colinas, la central y la izquierda, la cruzaron saltando sobre gruesos guigarros alineados dentro del cauce: las mujeres con las faldas levantadas para no mojarse, enseñando el nacimiento de las piernas y dejando al descubierto los pies menudos, y los hombres con el sombrero en una mano, empujándose unos á otros, deslizándose astutos, riendo y bromeando. Treparon la colina del Panteón, dejando atrás el gran promontorio de peñascos grises, apellidado «La Tecampana,» y descendieron sudorosos y jadeantes á la falda norte de la loma de «Xaxalpa.» Ya estaban en la Quinta.

La orquesta sonó al aire libre.

En un plano ligeramente inclinado del terreno y al abrigo de la sombra que proyectaba hasta allí el elevado cerro del Texcalchicuicuitl, sentáronse la mayor parte en el césped.

Mientras algunas damas servían los tamales en platos de *peltre* y el atole de leche en tazas anchas de loza de Puebla, los estudiantes se extendieron en la yerba cuan largos eran, boca arriba, unos con las manos cruzadas debajo de la nuca, otros con la cabeza en alto, apoyada en un canto que a ire le rodaron de la ladera. Sólo Nacho ayudaba á las señoras en el servicio. Intempestivamente se presentó Chuco, un tipo bonachón, joven aún, regordete, de cara redonda y pecosa, ojos inexpresivos, nariz ancha y enorme, geta acariciadora, pero de carácter sugestivo; con un guajolote en brazos y el rifle á las espaldas.

—A cinco centavos el tiro, muchachos, y á trescientas varas.

—Colócalo, le dijo un joven imberbe, de pelo chino y color negro, que pasaba en el pueblo por buen cazador.

En mitad de la pendiente de la loma del Camposanto colocaron el blanco. Disparó el de pelo chino tres tiros sin éxito; fué otro á substituirlo, disparó dos y nada; tomó el arma Tomás, disparó cuatro, lo mismo; se la entregó á Nacho que se contentó con uno, él que pasó á tres metros de distancia del totole; los demás no quisieron. Los tiros subían ó bajajan y el impasible guajolote ni se movía siquiera.

Nacho dijo de pronto: «Vaya, somos unos chambones, pero éste si acertará,» dirigiéndose á un joven de barba azafranada, de tez blanca, de ojos azules y de un aspecto dulce, el cual observaba los disparos sonriéndose con bondad.

—Ora tú güero, siguió diciendo, tú sí que pegarás.

A las tercas instancias de todos cogió el arma el apostrofado, se la

echó á la cara, amartilló, y sonó el tiro. Rodó por la ladera abajo, aleteando en agitadas convulsiones, el pavo.

Festejando el caso sentáronse todos á la redonda para merendar. Entre sorbo y sorbo de atole hablaban á gritos para dominar el sonido de los instrumentos. De cuando en cuando alguno maliciosamente rozaba con su rodilla la pierna de la inmediata dama y no faltó quien, atrevido, apretase la mano de su novia diciéndole al oído frases crudas. Cuando concluyeron cada cual buscó su pareja para bailar.

Era el momento del crepúsculo. El sol, al hundirse en el abrupto horizonte, ribeteó de color de rosa las sutiles nubes, que como copos finísimos de algodón, rodaban lentamente al mediodía. Un viento fresco y vivificador venía de la cañada y

producía en los organismos exquisitos de las mujeres, á esa hora de melancolía deliciosa, eróticos extremecimientos. Los buitres en busca de sus nidos en los acantilados ó del abrigo protector de las umbrosas copas de los amates que ascendían diseminados á la montaña, cruzaban el espacio, silbando con las alas en su vertiginoso vuelo; y allá, en los derruidos muros de la casa de la Quinta, lanzó al aire su lúgubre graznido la lechuza.

Rosaura apartóse al borde del arroyito que dividía por mitad el valle en miniatura, para lavarse las manos en la clara linfa, sentándose indolente en una laja.

La siguió Sotero, sentándose á su vez cerca de ella en un pequeño montículo.

—Ya ves, la dijo con resentimiento—nunca creí que me engañaras.

Te esperé en vano varias veces.....

—Qué quieres, no dependió de mí; dificultades que no se preveen y en que menos se piensa; además, mi pobre padre.....

—A tu padre, la interrumpió Sotero—pueden cuidarlo tu hermana y tu mamá! y para un rato tan corto qué ibas á tomarte!

—Pues no, no pude.

—Si tú hubieras querido.....

—Te digo que no pude.

Repentinamente en los lirios oscilantes dentro del cauce, se posó una libélula de delicadas alas matizadas. Al chapoteo del agua voló rápida á una yerba que simulaba verde cabellera flotante extendida en la límpida superficie; vibró un instante para quedar inmóvil.....

—Te veo displicente—siguió diciendo Sotero, tras una breve pausa —¿qué tienes?

—Nada.

—Sí, estás seria; ¿por qué?

—Oh! nada tengo—y se paró bruscamente para irse con sus amigas, sin dirigirle siquiera una mirada.

Avergonzado y un poco iracundo tendió la vista indecisa en la lejanía; pensaba en el carácter voluble de su amada, en sus caprichosas manías, y en esos arranques de injuriosa tosquedad. Suspiró al fin, barbotando esta frase: «Qué le vamos á hacer!»

. . . . . .

Cuando volvieron á la ciudad ya era de noche.

En el término de la calle del Camposanto, se despidieron del grupo Tomás y Sotero para acompañar hasta su casa á Rosaura y Teresa.

Volvían callados.

Ya para separarse, Rosaura cambió de humor y dijo al oído de Sote-